

vos el decírselo tan penoso como penoso para ellos el escucharlo. Usad de estas locuciones: « Os digo con sentimiento, ó manifiesto á mi pesar. » No es esto todo. Manifestad al mismo tiempo la esperanza de que, gracias á los exquisitos cuidados de la familia, el niño se corregirá de vicio tan odioso, y manifestaos dispuesto á emplear todos vuestros esfuerzos para cooperar á semejante resultado.

Un maestro á quien su corazon sugiera tan benévolas precauciones, se captará sin duda alguna el aprecio de todos.

Hay sin embargo circunstancias en que, hasta por piedad, debeis mostraros cual si no tuvierais este sentimiento. Tal sucede cuando los padres, con su loca indulgencia, excusan y aun justifican los defectos que de acuerdo con vos debieran castigar. En este caso hay peligro para vos, para el niño y para la escuela. No temais, si llega, dar á la expresion de vuestro descontento toda su energía.

Sucedará, por ejemplo, que en virtud de una falta cometida por varios ó por todos los niños de la escuela, cada uno de los padres vituperará la conducta de los otros niños y justificará ciegamente la del suyo. « Los otros, dirá cada padre han arrastrado á mi hijo: estoy bien convencido de ello. » Reducid esta excusa á su justo valor. « Mi hijo me lo ha dicho, añadirán, y él no miente nunca. » Decídele qué pensais sobre la prevencion de sus juicios. Decidles que su hijo *miente*, que ha sido sorprendidos por sus *mentiras*. Si son diez, por ejemplo, no encontraréis uno solo que diga: « Mi hijo ha arrastrado á sus camaradas á desobedecer: si es tan indócil! » Pero todos dirán: « Mi hijo se ha dejado seducir por sus compañeros: si es tan bueno! » destruid con todo vuestro poder tan absurda debilidad.

CAPÍTULO XIII.

RELACIONES DEL MAESTRO CON EL PÚBLICO.

Dando cuenta á los padres de familia de cuanto sepais sobre la conducta y disposiciones de sus hijos, y rindiéndosela fielmente á las autoridades de cuanto á la escuela es concerniente, cumplis con un deber de que nada puede dispensaros; pero no debeis pasar de aquí. No deben ser vuestras revelaciones indiscretamente prodigadas al público. Los extraños no tienen derecho alguno á vuestras confidencias.

Todo cuanto digais relativamente á un discípulo, fuera del círculo que por vuestros deberes se os prescribe, no es una relacion obligada hecha por vos en calidad de jefe de la escuela, sino conversaciones que teneis fuera de necesidad y de propósito: es chismografía, murmuracion. No se necesita mas para indisponer las familias y destruir la confianza.

En semejante libertad de lenguaje hay algo de ilícito; pues lo que sabeis como maestro no os pertenece personalmente, ni tenis derecho por lo tanto para hacer uso de ello fuera del ejercicio de vuestras funciones.

Si siempre es mala la murmuracion, murmurar de los niños es pueril, y murmurar de los niños de cuya instruccion estais encargado es odioso.

En cuanto á los jóvenes que no esten bajo vuestra direccion, no hableis de ellos sino para bien, y si en tal sentido no os fuere dado hablar, guardad silencio.

La recomendacion que os acabo de hacer no es aplicable á aquellas ocasiones importantes en que se os piden, bajo el sagrado del secreto, explicaciones confidenciales; pues no es en tales casos una indiscreta ligereza la que

provoca vuestras palabras, sino el interés de las familias ; mediando el cual, la sinceridad es un deber.

Sobre este punto, además como sobre todos los otros, os aconsejo que penseis mucho sobre lo que digais. Hablad poco en público, y sobre todo, hablad poco de vos mismo. Los hombres cuya profesion exige un ejercicio frecuente de la palabra, contraen á veces una especie de enfermedad bastante extraña : el hablar viene á ser una necesidad para ellos ; los órganos de la voz se estimulan, y se hallan en un estado de sobrecitacion que provoca un ejercicio continuo. Semejante mania, así fatiga sus pulmones como hace insoportable su sociedad. ¿ No les convendria mucho más, por el contrario, recobrar por medio del reposo las fuerzas gastadas por el trabajo?

El maestro tiene naturalmente la inclinacion de hablar á los otros de si mismo : lo que sucede sobre todo cuando está muy lleno de su propio mérito, cuando se exagera su importancia, cuando llega á creerse superior á cuantos le rodean. Vos, Anatolio, no incurriréis en defecto semejante: un hombre bien educado (y todo maestro debe aspirar á este título) no ocupa á los demás hablándoles de si mismo; no se hace centro de nada, sino que procura lo contrario. Quiere tratarse de lo que afecta á su persona, y trata de variar la conversacion : hacen su elogio, y el se avergüenza y calla.

Por poderosas que quieran ser las razones que á ello le muevan, no tomara jamás á cargo suyo hacer su alabanza propia. Hay algunos maestros que publican inocentemente cuanto piensan de sí : « Han tenido el primer rango en la Escuela normal en todos los concursos ; las comisiones de examen y oposicion han quedado extraordinariamente satisfechas de su manera de responder ; el inspector de primera enseñanza y la junta local le consideran, el alcalde y el parroco han formado de él una excelente opinion ; el mismo gobernador y hasta el rector le estiman »

Si es verdad todo esto, dejad á cargo de los demás el

cuidado de publicarlo : á vos os debe ser bastante la satisfaccion de haber obtenido tantos votos honrosos en vuestro favor ; y desde el momento en que la vanidad propia se haga la trompeta de vuestra fama , casi puede decirse que dejais de merecer aquellos.

No solamente debe hablar poco el maestro, sino que tambien ha de evitar que se le vea mucho: es preciso que, fuera del desempeño de su cargo, no le vean los niños con frecuencia ; es indispensable que no se prodigue en público. Así es como inspirará á los niños más respeto y se granjeará de todos mayor estimacion.

Que dé en todas sus relaciones el ejemplo de esa política que es el signo exterior de los sentimientos benévolos y generosos. Permitaseme citar aquí lo que he dicho en otro lugar, recomendando á los directores de escuelas normales que acostumbren á sus discípulos á esa amenidad de costumbres que conviene á todos los estados sociales y á esas muchas atenciones que son compatibles hasta con la más íntima familiaridad.

« Hace ya mucho tiempo que la nacion francesa se distingue por ese exterior amable que llena de encantos las relaciones de los hombres entre sí. Exterior que, puede muy bien decirse, comunica á las posiciones más humildes una especie de gracia y aun de dignidad, que otros muchos pueblos no poseen. En una obra célebre sobre Francia, hace notar un escritor inglés, con satisfaccion y con sorpresa, que no existe hombre en aquel país, por elevada que sea su clase, que se permita entrar en la choza más humilde sin dirigir á los que en ella habitan algunas expresiones de atencion. Debiera suceder lo mismo en todas partes: el hombre se honra honrando á sus semejantes.

« Por desgracia, esta recomendable virtud, como sucede con otras muchas, va decreciendo de dia en dia; siendo reemplazada, segun se dice en el mundo elegante, por una noble franqueza: quiero creerlo así ; pero , en una esfera

ménos elevada, tendrá lugar el reemplazo por una brutal grosería.

« Los maestros pueden contribuir, por su influencia y por su ejemplo, á prevenir esta desgracia, y á conservar al rededor de ellos, en las relaciones sociales, esa política que tan llena está de encantos. »

CAPÍTULO XIV.

RELACIONES DEL MAESTRO CON SUS DISCÍPULOS.

Una recomendacion cuya grande importancia no me será dado encomiar lo suficiente, es la de que no recibais nada de los discípulos mientras estén confiados á vuestra direccion, excepto en casos muy raros ó cuando una antigua costumbre autorice que, en comun, se haga un regalo al maestro, y aun sería de desear que semejante costumbre se aboliera.

Los hombres, por regla general, no dan, sino que prestan ó venden. El padre de familia que os envia un regalo, se lisonjea secretamente de que tendreis algunas complacencias por su hijo: lo que espera de vos (cuidado con engañaros sobre este punto) no es un conveniente y saludable aumento de severidad, sino que cerreis los ojos á alguna infraccion de la disciplina, y aun que, al llegar la época en que verifiqueis alguna distribucion de premios ó distinciones, os sintais dispuesto á inclinar la balanza en favor suyo.

Así, ¡ qué despecho se apodera de él cuando sus hijos no obtienen lo que se atrevian á esperar! Irrítase entónces; abriga tentaciones de echaros en cara lo que os dió, le parece que sois un deudor infiel, ó un ingrato por lo ménos.

Preservaos contra un compromiso tan indigno, contra

suposiciones tan ignobles ; y no establezcáis, aceptando de los unos lo que los otros no pueden ofrecer, una especie de desigualdad entre vuestros discípulos, que deben ser iguales ante vos.

Ved ese pobre niño que, no teniendo nada que dar, contempla con aire contristado á sus dichosos camaradas que se acercan á vos con la sonrisa en los labios y con las manos llenas ; su tierno corazón se hincha de pesar y se abre al amargo sentimiento de la envidia ; se reconoce humillado y no se atreve á levantar los ojos ni sobre ellos ni sobre vos, cree siempre ver en las miradas de estos compañeros afortunados el orgullo del triunfo, y en la vuestra la reconvención de su pobreza.

Un sabio maestro rehusará asimismo, á no mediar circunstancias extraordinarias, los servicios que sus discípulos estén dispuestos á hacerle, y cuyo precio pueda valuar-se en dinero, y no consen irá jamás que los acepte su mujer de las jóvenes que concurren á la escuela, caso de que se admita á estas ; rehusará siempre con política, pero no acepta á nunez.

Porque si llega un tiempo en que se levante contra él en el pueblo una de esas borrascas de que la prudencia más previsora no siempre pone á cubierto, los padres de aquellos niños que hoy in escardado algunos rincones del jardín del maestro, ó prestado algunos cuidados á la limpieza de su casa, exclamarán á voces: «Este maestro convertía á nuestros hijos en criados suyos, y se hacía servir su casa por nuestras hijas »

En el pueblo más pacífico y mejor dispuesto en vuestro favor, obrad siempre, Anatolio con los discípulos como si temierais que algún día se os ha de volver hostil. No tendreis sino motivo de alegraros por la reserva y discrecion que os inspirara semejante pensamiento.

Vuestras relaciones con los niños deben ser en todo caso las de un amigo sabio y sincero. Guardaos de tener familiaridad con ellos ; no permitais jamás, ni aun fuera de la

clase, que olviden la distancia que les separa de vos ; pero manifestaos siempre con ellos lleno de bondad, de complacencia, de mansedumbre, y demostrad interés por cuanto les concierne. No os recomiendo que vayais á ver frecuentemente á los que esten enfermos ; pues suponer que necesitais esta recomendacion seria haceros una ofensa.

Teneis bastante juicio para que os olvideis nunca de vuestra dignidad en presencia de los alumnos, para que no seais constante siempre en vuestro modo de obrar á vista suya, para burlaros con ellos ó en su presencia, para ocuparlos de vos mismo ó de vuestros asuntos. Nada os diré, por consecuencia, sobre semejante particular.

Amad, os lo repito, á esos queridos niños, que Dios, vuestro país y sus familias os confian; amadlos á todos en conjunto, y á cada uno de ellos en particular. Pero acertad á preservaros igualmente, así de una indiferencia que seria culpable, como de un extraordinario cariño que podria convertirse para vos en un manantial de decepciones. Es indudable que os avergonzaríais de pareceros á esos maestros duros y egoistas, que se dedican á su tarea como á un trabajo mecánico, y que no experimentan simpatía alguna por la amable juventud que se fia á sus cuidados ; mas no querais tampoco, por vuestra dicha, pareceros á esos otros á quienes anima una ternura viva y llena de inquietud.

Pues si llegais á figuraros que, porque sois un padre para vuestros discípulos, estos han de ser para vos unos tiernos y amantes hijos, os haceis una ilusion.

Quiero creer que algunos de entre ellos corresponderán á vuestros cuidados con un cariño sincero ; quiero tambien creer que todos, ó casi todos, experimentarán por vos un sentimiento de simpatía más ó ménos vivo, más ó ménos duradero ; pero lo que hay de cierto, por regla general, en el cambio de afectuosos sentimientos entre el maestro y los discípulos, aun entre el padre y el hijo, es que el niño recibe siempre mucho mas de lo que da.

Léjos de mí, sin embargo, el pensamiento de criticar al maestro que, dotado de un alma muy afectuosa y de una ardiente afición á su sagrado ministerio, prodiga á la juventud todos los tesoros de su amor. Expónese sin duda á decepciones crueles; pero ¡cuán dichosos son sus discípulos si saben gozar del cariño de su maestro! Su palabra, inflamada por el celo, llena de calor á las almas más tibias; haciendo al mismo tiempo florecer como un dulce rocío, en los corazones donde penetra, todos los sentimientos generosos.

Si experimenta muchos pesares, no deja de tener muchos consuelos; pues existen para las almas tiernas una multitud de goces que ni siquiera es capaz de sospechar el egoísmo. Una lágrima de arrepentimiento, una generosa conversión á la virtud, un noble movimiento del alma, y hasta progresos rápidos é inesperados en el trabajo, le proporcionan raptos de alegría que le hacen olvidar sus pesadumbres todas.

Estos caracteres elevados y tiernos son muy raros. Vos, Anatolio, procurad colocaros en un justo medio entre la indiferencia, que os constituiría culpable, y un celo muy ardiente, que os haría desgraciado. Llenad los deberes que teneis respecto á los niños con una ternura tranquila, y resignada de antemano á cuanto el porvenir pueda reservaros.

Imitad al sabio duque de Montausier. Encargado este ilustre personaje de educar al hijo del gran rey Luis XIV, cuando llegó el día de poner término á tan difícil como honrosa tarea, dirigió estas palabras al jóven príncipe:

«En el día de hoy, Monseñor, vuestra educación ha terminado. Si teneis buenos sentimientos, me amaréis; si no, me aborreceréis, y yo recibiré consuelo.»

El príncipe fué siempre digno de su antiguo maestro.

Tomad anticipadamente vuestra resolución, como hizo Montausier. Quiero creer que ninguno de vuestros discípulos será ingrato; pero la mayor parte serán indiferen-